

## Otoño

Se iniciaba el otoño

Cuando en otros lugares se arremolinaban las hojas; la rosas se inclinaban bajo el rocío, como copas de alabastro que se desbordaran en lágrimas; amarillean los naranjos; se perfuman los cafetos y las ceibas, y la brisa húmeda se duerme indolentemente sobre las frondas de los valles; entonces, en la región de los páramos, los frailejones se despojan de su áurea veste, las malezas se marchitan, los quitasoles ralean sus negras palmas, se mustian los romeros, los copetones emigran hacia abajo buscando la cosecha, y los trigales visten su túnica de oro convidando al labrador para el festín de la siega.

Los cerros van tomando paulatinamente esa coloración opalina que presentan las tardes de estío. A trechos, riscos pelados quiebran la uniformidad de los tablones. El viento más fuerte ahora, bate rudamente las espigas, en cuyos balanceos semejaban un gran abanico de marfilinas cañas, que mano invisible agitara sobre el monte. Lagunas de esmeralda en aquella sabana de oro, parecen uno que otro barbecho que verdea aún sobre las cabeceras de los trigales. Y arriba sobre las crestas, las brumas de la noche diríase que dejan olvidadas tenues fragmentos de su gasa, los cuales recogen y absorbe entre sus rayos el sol de la mañana.

El labrador se apresta con la hoz, midiendo con visual señuda la ansiada sazón de su cosecha. Las mujeres remueven el toscó menaje de sus chozas, alistando corpulentas ollas, múcuras y jícaras, para transportar a los barbechos el abundante alimento. Y circulan en la aldea invitaciones y convenios para festiva cayapa, la alegre tardecita y el bullicioso chiriastí,<sup>1</sup> citas que se da aquella gente para efectuar el corte de los trigos y todas las rústicas faenas, en el seno de aquella misma fraternidad que congregaba a los pastores bíblicos.

Llega el día. La mañana sorprende aquellos bancos de cosecha que se arrullan en la opulencia de su vitalidad selvática, pero que son ya como un cadáver que espera sobre la mesa de disección la cuchilla inclemente que ha de romper las vértebras por donde circula la savia de la vida. Los labradores se acercan en conjunto; brillan sobre sus hombros las afiladas hoces, y de sus cuellos penden los lazos que aprisionan los manojos. La robusta india se despoja de su chamarra que lleva aglobada sobre el pecho, y se yergue tras la tupida fila para recoger la manotada que a su paso va dejando el segador, abrasada todavía por el fuego de su nervuda mano.

De sus pechos se alza una plegaria, y, como si asistieran a un rito teogónico en las pagodas indostánicas, se recogen un momento en sus

---

<sup>1</sup> Cayapa, es la reunión que se hace a cualquier hora del día; tardecita la que se hace en la tarde, y chiriastí, en el dialecto mucuchís, significa baile, con que terminan todas estas reuniones.

creencias, marcan sobre el tablón que van a devorar el símbolo cristiano de la Redención, y, al unísono surge de sus labios esta invocación:

-San Isidro! San Benito!

Algaraza de fiesta llena el plantío, y al monótono ruido de las hoces, los mancebos se van diciendo sus cuitas amorosas, el viejo segador refiere episodios, de sus juveniles años, y las mozas, que asechan cuitas y episodios, pueblan con sus risas y requiebros aquella iniciación solemne de la siega.

Avanza la faena y se hace el silencio.

Ris-ras, ris-ras, va cantando la acerada curva, la caña cae, la espiga se doblega, y tras el dilatado grupo se va extendiendo el campo desierto de rastrojo.....

Dispersos por el campo, los fatigados segadores tienden el lazo que agavilla los montones. El viento les sacude la melena hirsuta, rechina sobre el rastrojo la tosca sandalia, y, echando sobre sus hercúleos hombros la dorada carga, se encaminan al corral, y allí, como en un arca, acopian las mieses en pirámides, cuyos penachos de oro atraen la mirada del viajero.

Pedro maría Parra

*Lugareña*